

Los Libros

DOS LIBROS CHILENOS

La casualidad ha puesto a un tiempo en nuestras manos dos libros de contenido diferente y hasta de género distinto, aunque su espíritu ofrece el nexo común de una sensibilidad que se corresponde: «El Amigo Pidén», cuentos de Luis Durand, y «Los Hombres Oscuros» novela social de Nicomedes Guzmán. Ambos autores en su divergente trayectoria literaria larga, de buenos años, han librado batallas azarosas con los críticos y han emergido del fuego con la voluntad de los que saben obedecer a la propia inquietud, antes que a la maldad polifacética del extraño.

Durand, en este nuevo libro de relatos breves, continúa una línea interpretativa que le ha dado satisfacciones. Atacado, silenciado o halagado por opuestos sectores del comentario periodístico, Durand se ha mantenido tranquilo en sus dominios y ni una sola sugerencia ha sido capaz de modificar, así fuese superficialmente, esa tendencia suya, que lo señala como uno de los representantes del género que en Chile tiene cada vez menos cultores: el cuento folklórico. Desde su primer libro «Tierra de Pellines», 1929, hasta estos relatos que acabamos de leer, Durand, nos ofrece la visión íntima, sentimental y pintoresca, de un campo en que él vivió, como un terrón oscuro y humilde, hace ya más de veinte años. En aquel tiempo, el inquilino y el peón eran también parte de la tierra, como las bestias, y si alguna vez el hambre y la desesperación rondaban los ranchos, la tragedia

se reducía al mísero espacio de la quincha. Aunque ya la angustia formaba la urdimbre real de la vida campesina, eran primeramente visibles por su natural estridencia, las notas decorativas y sabrosas, lo que algún escritor llamó el «aspecto eterno del campo chileno»: los usos y costumbres que forman nuestra tradición, tales como el diálogo intencionado, la talla picante, la tonada tristona y risueña, la cueca estallante, los torneos típicos como la topeadura, las carreras etc., la vestimenta, el trabajo primitivo de la siega, la trilla etc., las muestras inmortales de la cocina criolla tales la empanada, la cazuela de ave; y en fin, el espeso rosario, ya un tanto raleado, de la superstición campesina.

Este es el campo que Durand nos muestra, sin alteraciones, en su último libro, que para nuestro criterio peca de falta de unidad, desde que lo integran cuentos de diverso carácter, lo que no habíamos advertido en sus libros anteriores. Esta dispersión del asunto, acaso le quite al libro ese grato perfume de yerba campera y ese aliento cordial que siempre hemos celebrado en este autor. Sin embargo, la mayor parte del libro, responde, lo subrayamos, a la tradición del escritor. La anécdota, restringida personal o animal, sin otro nexo común que el campo fragante y emotivo que da cuerpo a los relatos. Así vemos exaltada la ternura del hombre por la bestia, en el primer cuento «El Amigo Pidén», la espesa superstición campesina en «Aprendiendo a brujo», la tradición bravía en «En la vara». Algunos, de asunto menos tradicionalista, pecan de vagos y esforzados acaso porque Durand se aleja en ellos de su fuerte, que es el campo primitivo. Tal, «En el andarivel», «El jilguero», «La señorita Adriana», que habíamos leído en diarios y revistas.

Durand evoca, pues nuestro campo de hace veinte años. El mismo que, seguramente, vieron los cuentistas de la tradición, como Díaz Garcés, Federico Gana y algún otro. En el primer relato lo confiesa al recordar su llegada al fundo en que encuentra a su amigo «Pidén». El campo pintoresco y romántico, de los

bellos recuerdos, de las chinas picaronas y de la empanada de horno. Baldomero Lillo fué hasta el campo con el mismo ojo romántico, pero encontró el drama removedor, implacable, la vida obscura y desangrada del inquilino, roída por la brujería y por la brutalidad de los fuertes. Nos dió el campo realista, diríamos el campo integral. Luego, Latorre, pese a su excesivo equilibrio y a su objetividad fría, buscó en el campo lo épico y opuso el hombre a la naturaleza, en sus recios cuentos cordilleranos. Pero al hacerlo, huyó del hombre y se regocijó en el paisaje. Así, Baldomero nos dió el horizonte real, pues se adentró en el hombre que vivía junto a la tierra y moría olvidado del hombre. Olvidaba, al hacerlo, su propio yo, y buscaba el espacio humano, la totalidad sensible donde el yo, es apenas una ayuda elemental, un ojo apuntado sobre la conciencia de la tierra. Este horizonte literario, corresponde, indudablemente, a la evolución literaria de los demás países indoamericanos. Ya lo hemos destacado en artículos anteriores «La ignorancia, el servilismo y la indigencia del nativo, así como sus movimientos iniciales, desesperados y torpes, animaron los mejores libros americanos. Lo pintoresco cedía ante el drama nativo. El libro tomaba su puesto en la marcha del nuevo mundo. Y lo mantiene. La literatura indoamericana y descubre cada vez nuevos filones, ricos y traspasados de claridad».

El cuento de Durand se aleja del drama campesino, y se fija en lo pintoresco y sentimental. Interpreta así un aspecto, cada vez menos importante, aunque no menos humano. Muchas de las costumbres que capta van desapareciendo y la superstición va dando paso a la reflexión y a las inquietudes propias de una conciencia viva. La vida en los campos es hoy en día, turbia, insumisa, y sus soles y sus lunas, dan luz a las almas antes que a las mantas de color. Nuestro campo futuro dará escaso margen al primitivismo y si mucho a las grandes emociones colectivas, a la épica de la lucha contra la naturaleza y contra el hombre.

Hemos hablado de la tendencia de Durand. Cuanto a la for-

ma, creemos que manifiesta una franca evolución. Su frase es menos redundante y descuidada. El escritor pule y castiga los períodos y la idea y la imagen se condensan y afirman. Las notas de paisaje están dadas con justeza y el diálogo suelto y sabroso pone en cada página esa intimidad de confianza que hace grata la lectura de «El Amigo Pidén».

* * *

El libro de Nicomedes Guzmán, «Los Hombres Oscuros», nos ha causado impresión extraordinaria. Ese yo que se fija desde las primeras páginas como un ojo desde lo alto del conventillo, nos acerca, sencilla, cálidamente, a la intimidad de la vida proletaria. Habitados al libro chileno costumbrista o puramente romántico, nos hiere esta novela desde el comienzo con ese tono abierto, rudo, del diálogo popular, con la descripción certera del ambiente, donde se cruzan obreros, revolucionarios y pungas, ambiente que aquí deja de ser decoración para hacerse substancia del drama. Libro sencillo y recio que recoge con varonil emoción y sin esfumino, la vida turbia, lívida y tremenda del conventillo chileno, que es la vida substancial, en cuerpo y espíritu, del pueblo nuestro. Es comprensible el recelo de la crítica oficial hacia libros de este género. La pintura de bajo fondo ha estado vedada al escritor por las represalias del mentor periodístico. Basta recordar los escasos libros de extracción popular, para comprenderlo. Si la crítica ha sido benévola con alguno, se debió a la simpatía del autor o al barniz romántico y dulzón, que disfrazó el contenido. En algunos casos, como en «El roto» de Edwards Bello, la causa del desvío, habría que hallarla en la crudeza de la obra, en la que no asoma para nada la luz salvadora del espíritu. Pero en general el libro de raíz popular ha sido apartado del comentario estético, se le ha negado categoría literaria: Un rubor monjil aparece en las mejillas gordas del espíritu criollo al anuncio de un libro de esta tendencia. Signo del

lento, lentísimo proceso de nuestra cultura, y de la densidad bituminosa de nuestras tradiciones negativas, de este conservantismo que todavía domina el mayor espacio de la vida chilena.

En cada país de América, libros de ambiente popular o de contenido social, alcanzan a corto plazo, firme categoría literaria. «Ñacha Regules», de Gálvez, «Los Trabajadores», de Salvador, «El Muelle», de Pareja, «Canal Zone», de Aguilera Malta, «Huasipungo», de Icaza, y tantos otros tienen merecida su divulgación en el continente, y algunos en Europa. En Chile es necesario luchar contra las barreras del vasallaje espiritual y contra una casta de «dilettantes» atrincherados en posiciones de usufructo. Es necesario, así, defender libros que, como «Los Hombres Oscuros», tienen calidad y entereza.

Un realismo de buena luz plasma el conjunto de la novela. La vida del conventillo se desenvuelve entre Pablo, primer personaje, los amigos, los camaradas y aquellas gentes que no son lo uno ni lo otro y viven paralelamente sus vidas tiradas por la miseria y el trabajo desesperado. Hay una muchacha que enlaza con su ternura y su calor sexual los variados episodios de la vida sórdida. Además de esa intimidad cordial del amor sin condiciones, está el espíritu de los trabajadores que luchan por un mundo mejor. Surge del contacto de aquellos hombres, una inquietud, la inquietud eterna del hombre que se asomó a la vida, el perfume recio de la lucha social. Toda la crudeza, toda la tiniebla, toda la crueldad arrojada en sus páginas, son necesarias, son parte del organismo vivo del libro. Estamos hartos del conventillo idílico y santurrón, y del cuadro atildado y sutil que nada dice al hombre y a su conciencia. Guzmán nos da el conventillo humano e inhumano, y lo blande como una conciencia armoniosa, proyectándonos su angustia y su esperanza.

La prosa de Guzmán se amalgama justamente con el asunto. Neta, fuerte, sugerente, íntima es la frase. La materia, exhuberante, exprimida sin grandilocuencia. Esta prosa, animada por la ternura o por la honda sugestión del ambiente, recibe a menudo

las luces audaces o tímidas de lo mágico, irrupción de imágenes en la obscura realidad, sobre este lóbrego infierno de los humildes. Aparece entonces la pura emoción estética. «Esta tarde, mientras el crepúsculo toca en lo alto el caranillo de las primeras estrellas, una mujer ha venido en mi busca». «El verano distribuye su manifiesto en las mejillas tersas de las primeras cerezas. De pronto larga por las calles a los vendedores de duraznos, melones y sandías»... «En el primer viento que ha pasado hacia el norte, las golondrinas han montado. Y se han ido, como embarcando en un convoy de ausencia». «El conventillo se entretiene, por las mañanas, cuando el aire sereno lo ayuda, en alcanzar el cielo con los azulosos brazos de humo que alargan los cañones renegridos de sus cocinas».

Aparte estos aspectos, debemos señalar de nuevo la intención social que campea en «Los Hombres Oscuros». Sin subvertir su condición literaria, sin romper su integridad de ficción novelesca hondamente ambientada, vibra en sus páginas la inquietud de la lucha social y la voluntad liberadora. El libro termina con palabras de esperanza. Sin embargo, nadie podría decir que la novela cultiva un proselitismo o blande una doctrina. El sentido fluye de algunos personajes y del horror de la vida proletaria. Se puede afirmar que es una novela proletaria—predominio del conventillo, del número, sobre el individuo—, pero primero novela, logro estético. Creemos que se puede hacer bella literatura, bebiendo en ese manantial grandioso de contradicciones y rebeldías. Ya lo hemos planteado y definido en estudios anteriores. «Ensayistas, críticos y literatos comienzan a preguntarse si la literatura no habrá de perecer frente al fenómeno económico, al conflicto social que hoy inquietan la superficie del globo, a veces disfrazados con tintas racistas o religiosas? Dentro del libro literario lo trascendente estará encauzado hacia un denominador estético, sencillamente. Más allá, la literatura deja de serlo sin esfuerzo. Dostoiewski, ni Gorki, ni Andreiev trasgreden el límite en «La Casa de los Muertos»,

ni en «La Madre», ni en «Las Tinieblas». Ni Dreiser en «El Financiero», ni Hupton Sinclair en «Petróleo». El conflicto individual y mezquino de otro tiempo, se enriquece o se convierte en conflicto múltiple y universal».—LAUTARO YANKAS.



CASA CON TRES PATIOS.—Novela de *Guillermo Koenenkampf*.
Zig-Zag.

Guillermo Koenenkampf Cisternas, que se ha hecho un nombre respetable en nuestra literatura con sus versos y sus cuentos, ha abordado hoy el género novelesco, mostrando así una variedad y riqueza de aptitudes poco frecuente entre nosotros, donde se cree en las especializaciones literarias y se cae generalmente en la reiteración de una misma modalidad.

Koenenkampf es descendiente de alemán y de chilena, y no habrá de parecerle mal que nos tratemos de explicar sus condiciones apelando a los antecedentes raciales, ya que los alemanes son los campeones del racismo. La emoción recóndita, la intensa sentimentalidad, la visión un tanto sombría y vaga de la realidad, la indomable energía del carácter, una fuerte inclinación introspectiva y subjetiva, que proyecta la luz de la inteligencia hacia adentro y mantiene al espíritu en un orgulloso aislamiento de las circunstancias, son características en que se acusa al ancestro germano. El aporte nativo a su psicología se hace presente en su amor al terruño, el paisaje y los tipos de Aconcagua; en la inclinación a la melancolía que llega a veces al fatalismo. En su amor a las cosas pequeñas y culto de los detalles, triunfa la objetividad latina sobre el trascendentalismo sajón; su pesimismo, lleno de lucidez y energía, es un curioso resultado de la voluntad y la filosofía teutonas injertadas en el fatalismo criollo; su respeto supersticioso por la tradición filológica y la